Choza, Jacinto: *Antropología de la Sexualidad*, Rialp, Madrid, 1991, 293 págs.

Decía recientemente un metafísico afamado que "todos los temas propios de la ética de la sexualidad quedan iluminados con la metafisica del acto personal de ser", y me parece una frase verdadera. Pero me parece más sugestiva su recíproca: "todos los temas de la metafísica del acto personal de ser quedan iluminados con la ética de la sexualidad". Así podríamos resumir la ultima obra de Jacinto Choza.

El sexo se presenta como una realidad compleja con manifestaciones en pluralidad de instancias: biológicas, psicológicas, culturales, etc. Cada dimensión es autónoma, pero no independiente de las demás. Así, por ejemplo, "los roles sociales para el varón y la mujer tienen sus propias reglas de construcción, pero tambien están en relación de interdependencia con los universos simbólicos, por una parte, y con las características biológicas de los organismos individuales por otra" (p. 71).

El discurso va desvelando un mundo 'poético' donde toda dimensión apunta a cualquier otra sin reducirse en ellas. Se trata más bien de un juego simbólico problemático lleno de continuidades y fracturas. Así la belleza tanto puede dar cohesión al conjunto sexo-amor-familia como puede quebrarlo (p. 179 y ss). Nos movemos entre atisbos de integración y la tarea moral de reconstruirlos. Ésta es la labor ética que se ofrece a cada uno en particular y al entero momento cultural, porque sólo en una cristalizacion social cabe hallar la integración individual.

Esta tarea de la construcción armónica del mundo de la sexualidad reviste hoy una urgente actualidad. El delicado poema del amor ha saltado en mil pedazos; ya nada rima, porque se han emancipado cada uno de sus versos. "La sexualidad puede disociarse de la corporalidad (...). La unión sexual puede disociarse de la fecundación; la fecundación puede disociarse de la gestación; la gestación puede disociarse del alubramiento; el alumbramiento puede disociarse de la atención de la prole y el amor erótico puede disociarse de cada uno de estos elementos o asociarse a cualquiera de ellos. La paternidad puede disociarse tanto de la generación como del matrimonio y el matrimonio de todo lo anterior" (p. 154).

Únicamente aquel enfoque que haya comprendido los distintos elementos del rompecabezas; que haya escuchado con respeto la reivindicación que cada esfera proclama de sí misma, será capaz de articular la síntesis. Así, Jacinto Choza no entra en polémica; escucha más que sentencia, insinúa. Supera las visiones parciales no refutando sino incluyendo. Todo dato es bienvenido e integrado en un marco mas amplio. Bajo un irenismo aparente, se puede descubrir en cambio, una auténtica sacudida filosófica capaz de atajar el positivismo y el materialismo sociales dominantes.

Sorprende intuir que lo que hasta ahora han sido críticas a la moral sexual cristiana pueden ser transformadas en pruebas de esa misma moral. El hecho por ejemplo "que el olor de una hembra provoque en el macho un comportamiento tan exacto y predecible como una reacción química (...) y que el *imprinting* sea tan fuerte que el macho queda fijado a esa hembra y sólo a ésa, de manera que su referencia a otras sea muy tenue o nula" (p. 62) no supone trivializar la virtud de la fidelidad, sino más bien retrotraerla a su

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

fundamento natural. Las conductas virtuosas no son algo artificiosamente sobrepuesto a la naturaleza sino rutas que nos conducen a su máxima realización.

Podría afirmarse que Choza nos pone delante un nuevo y auténtico "materialismo filosófico" que lejos de oponerse al espíritu otorga a éste consistencia y expresividad. El cuepo humano –decía en su manual de antropología filosófica– es la mayor manifestación del espíritu en la materia. Y ahora dirá "olvidarse de que el hombre tiene cuerpo resulta de tan malas consecuencias, para la filosofía y para el propio despliegue existencial, como olvidarse de que tiene espíritu" (p. 83). Hemos de recuperar la corporalidad como cartografía básica para el desvelamiento de las riquezas del alma. El alma humana –la femenina en particular– rezuma en la ropa, el pelo o los colores de los paraguas.

Este "enfoque materialista" permite ademas un enriquecimiento y replanteamiento de las categorías mas *hard* de la metafísica tales como 'substancia', 'accidentes' o el concepto de persona. Permite ensayar una metafísica de categorías reales. Si el cuerpo es el principio de determinación del alma, ¿cómo es posible que el género sea sólo un accidente? Tiene que ser mucho más. "El primer transcendental en el sentido kantiano del término es la mujer" (p. 138). "No vale decir que la persona en cuanto tal es asexuada" (p. 132). "Persona no significa lo mismo aplicado al varón que aplicado a la mujer" (p. 134).

Para poder decir estas cosas hay que estar lejos del concepto Boeciano de persona donde la racionalidad se destaca como nota propia. Aquí se acomete el concepto de persona desde una descarada inspiración teológica trinitaria. Para Choza –como hiciera San Agustín– las personas se constituyen en sus procedencias mutuas. "Si por una especie de inconcebible blasfemia el Padre se reservara algo para sí sin ponerlo en el Hijo, Dios no existiría (...) la identidad y la diferencia entre Padre e Hijo es radicalmente esencial para la naturaleza de Dios" (p. 259). Pluralidad y unidad se exigen mutuamente para constituir una persona (para constituir el amor, añado yo). "Sólo se puede ser persona si hay al menos dos personas" (p. 255).

Choza capta el fondo de las limitaciones de "una metafísica elaborada sobre los entes materiales" (p. 155), como la etimología misma del término pone evidencia. Más provechoso es partir del hombre que de las cosas inertes; más provechoso también para tender un puente a los reduccionismos imperantes. Desde esta atalaya intelectual el libro emite destellos para repensar los conceptos filosóficos mas clásicos –libertad, conocimiento, amor, cultura...– y ofrece ademas, como el que no quiere la cosa, elementos decisivos para cuestionar numerosas actitudes culturales dominantes: relativismo cultural, permisivismo sexual, positivismo jurídico, feminismo radical.

Es posible que a algunos impacientes esta obra no les satisfaga; que esperaran una refutación más explícita de la confusión que reina en la sexualidad; una defensa más militante de las conductas que el decálogo prescribe. Es posible incluso que más de uno considere peligroso un discurso intelectual que no demarca con claridad las costumbres de su calificación moral. Yo me pregunto, en cambio, cuál ha sido hasta ahora el resultado de posturas más asertivas y si hay acaso otros caminos posibles. Hay que reconocer que el discurso cristiano sobre la sexualidad ha pecado a menudo de parcia-

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

lidad y de simplismo, y que estamos apenas encontrando las claves interpretativas para su fundamentación.

Gabriel Ginebra i Serrabou

Cockburn, David (ed.): *Human beings*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, 277 págs.

La obra editada por Cockburn recoge las conferencias en el Congreso titulado *Human beings* que, organizado por el Royal Institute of Philosophy, tuvo lugar en St David's University College (Lampeter) en julio de 1990. Quizá, los tres temas fundamentales de la discusión, que se entrelazan continuamente, fueron el puesto de la noción de ser humano –como distinta de la de persona– en el pensamiento filosófico, especialmente en el ético, la atribución del carácter de persona a algunos artefactos inteligentes, y los criterios de identidad personal. El primero de los symposia lleva por título *Machines as persons?* En su intervención, Christopher Cherry, tras establecer que tales artefactos son *imitaciones* de personas, y no personas, mantiene que han de ser tratados como tales imitaciones, o sea, como personas ficticias, de un modo similar a como tratamos a los personajes de ficción. Esta tesis exige distinguir entre las máquinas-personas y las máquinas-artefacto: las máquinas-personas son lo que las máquinas-artefacto representan. Mientras que las primeras no son reales, las segundas sí lo son. Ahora bien, habitualmente, somos capaces de distinguir las propiedades que asignamos al personaje de ficción y las que atribuimos al actor que lo representa. Sin embargo, en el intento de considerar los artefactos como personas, se estarían asignando a la máquina-artefacto propiedades que corresponden sólo a la máquina-persona. Por el contrario, Oswald Hanfling sostiene en su trabajo que si las similitudes fueran lo suficientemente fuertes, deberían ser descritos y tratados como personas. Si un artefacto puede tener la misma vida mental que nosotros, ha de de concedérsele el *estatuto moral* de persona y el problema respecto de la vida mental de las máquinas es similar al problema general de "las otras mentes".

Cora Diamond pretende demostrar en su interesantísima contribución la importancia de la noción de *ser humano* –como distinta de la de *persona*– en nuestras prácticas éticas sin otorgar valor moral a las categorías biológicas. Para ello, define el ser humano no en términos biológicos sino desde un punto de vista biográfico, acudiendo a la percepción imaginativa de qué es tener una vida humana que vivir. En su réplica, MacNoughton acepta, desde las coordenadas del realismo y el particularismo moral, el núcleo de la posición de Diamond, pero insiste tanto en la fundamentación de nuestras prácticas morales en una propiedad de su objeto como en la necesidad de acudir a una propiedad biológica para definir los seres humanos.

© 2008 Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra